

VI

LA FESTIVIDAD DEL CORPUS.

A mi querido amigo Enrique de Olavería y Ferrari.

"Para describir esta fiesta sería preciso todo el risueño de la estación en que la Iglesia ha querido celebrarlo. Sería menester el radiante sol, el cielo azul y las flores de Junio. Necesitaria de la inspiración que producen estas cosas exteriores y de los vivientes cantos pensamientos que bajan al alma con el rocío que en los bellos días cae sobre las flores."

El Visconde Walsh.



PRINCIPIOS del siglo XIII, dominada la Piora de un convento de Lieja por el profundo amor y suma devoción que profesaba á la Sagrada Eucaristía, figurábase ver, con demasiada frecuencia, un disco de resplandeciente luz, con un hueco en el centro, representándole su ardiente fantasía, en aquel, la Iglesia Católica, y en éste, la ausencia de la festividad con que debería solemnizarse la augusta institución de Jesucristo. Secundada la superiora en sus ideas por el Arcediano de aquella Catedral, Jacobo Pantaleón, llevóse á efecto la deseada solemnidad, la que se hizo extensiva á todo el orbe católico en 1262, por bula de Urbano IV, nombre que había recibido el mismo arcediano al ser elevado al solio pontificio. Más tarde, en 1316, Juan XXII decretó la procesión del Corpus y su Octava, solemnidad anual que con el tiempo adquirió mayor importancia por el carácter oficial que le dieron los soberanos y el pueblo. El oficio divino del día lo redactó Santo Tomás de Aquino.

Como se sabe, el Sacramento de la Eucaristía fué instituido por Jesucristo la víspera de su pasión, razón por la cual, no pudiendo la Iglesia manifestar sus regocijo en sus días de duelo, se conforma con inundar de flores, de aromas y de luz sus monumentos el Jueves Santo, aplazando para el jueves que sigue á la

dominica de la Trinidad, la libre demostración de su gozo y alegría.

* * *

Entre las costumbres europeas introducidas en México por los conquistadores, cuéntase la festividad del Corpus, la que fué adquiriendo, año por año, mayor esplendor. Los gigantes, la tarasca, el diablo cojuelo y otras figuras grotescas precedían á la procesión, mas siendo su concurso un desdoro para aquel acto tan solemne y augusto, fué cayendo en desuso hasta su completa abolición en tiempo del segundo Conde de Revillagigedo. Todas esas figuras eran emblemáticas, representando la tarasca, por ejemplo, el dragón infernal humillado por el Dios Sacramentado, ó sea el pecado vencido por la gracia. Figuraba aquélla una serpiente colosal, á veces de siete cabezas que, por medios mecánicos, abrían sus fauces para tragar cuanto á ellas se arrojaba, y de que se aprovechaban los que iban en el interior del animal. Este es el origen del juguete de cartón que en el día festivo que se describe, se vende á los niños. Las danzas de pluma pantomímicas y las mascaradas, fueron igualmente suprimidas por indecorosas, y de las representaciones de asuntos sagrados, efectuadas en los tablados que se levantaban

en el atrio de la Catedral, sólo nos ha quedado su memoria.

* * *

Entre las festividades de culto externo la procesión del Corpus era en México la más solemne, particularmente á mediados del pasado siglo, en que llegó á su apogeo. Desde la víspera, los repiques de la Catedral á vuelta de esquila, que preceden al medio día, anunciaban la gran ceremonia no sólo á los habitantes de la Metrópoli, sino á los vecinos de los pueblos comarcanos, á los que llegaban, conducidos por el viento, los alegres y armoniosos sonidos de las campanas, entre los que se escuchaba dominante el de la mayor ó Santa María de Guadalupe, que sólo deja oír su grave y acompasada voz, en los días clásicos de la Iglesia. Desde esos momentos veíanse recorridas las calles por artesanos y modistas que se daban prisa para llevar á los parroquianos de sus patrones las diversas prendas de ropa que, según uso inveterado, debían estrenar el día siguiente hombres, señoras y niños. Los escolares abandonaban las aulas llenos de alborozo, como que sólo soñaban en los goces que la próxima festividad les prometía, de cuyo entusiasmo participaban todos los habitantes de México, á quienes animaba una sola idea, un solo pensamiento, el de presenciar la procesión triunfal de la Sagrada Eucaristía. La gran basilica, como aún se observa, abría sus puertas para la asistencia de los fieles á las solemnes vísperas y para presenciar la traslación del Santísimo Sacramento, del Sagrario á la misma Catedral. En tanto que la autoridad civil dictaba con anticipación el ceremonial que en la procesión habían de observar las autoridades y empleados, la militar ordenaba la formación de la gran columna que debía desfilar tras de aquella, como guardia de honor al Dios de los Ejércitos, previniéndose, además, que el gran día fuese celebrado con nueve salvas de 21 cañonazos: al toque del alba, al comenzar la misa, á la elevación, al terminar la misa, al salir el Santísimo de la Catedral, al pasar por la calle de Vergara frente al Teatro Nacional, al entrar en la Catedral, á las doce y al ponerse el sol. Además, el Colegio militar, que escoltaba al Presidente has-

ta el atrio del templo, hacía tres descargas de fusilería: al empezar y al terminar la misa y en la elevación.

* * *

Las calles que recorría la procesión que salía de la Catedral por la puerta del Poniente, eran las del Empedradillo, Tacuba, Santa Clara, Vergara, 2ª y 3ª de San Francisco, 2ª y 1ª de Plateros, y una parte de la Plaza mayor, para entrar por la puerta principal. En todas ellas hallábase tendido, á la altura de los segundos pisos de las casas, el toldo ó vela de lona, que interceptaba los rayos del Sol; los balcones, puertas y ventanas lucían desde muy temprano ricos tapices y cortinajes de seda, con adornos de flores en festones y guirnaldas. Parte de la guarnición formaba valla en toda la carrera, sin impedir el libre tránsito de los que acudían para ver pasar la procesión y se replegaban oportunamente á las aceras. En tanto que la Catedral se hallaba henchida de fieles que asistían á la solemne misa, en el atrio, entonces sin jardines y limitado por cadenas de hierro que pendían de grandes postes de cantería, se agolpaba un inmenso gentío, confundiendo en él diversas clases sociales, entre las que se distinguían: la familia fuereña, por sus trajes de abigarrados colores, el



CHINA MEXICANA.

charro de sombrero galoneado y la china mexicana con sus enaguas de seda ó de castor

bordado de lentejuela, su camisa escotada llena de randas, sus medias caladas y zapato bajo de raso, sus sargas de coral al cuello y pendientes ó arracadas de oro, su típico peinado de trenzas entretrejidias con listones de colores,



CHINAS POBLANAS.—RANCHERO.

recogidas sobre la frente á manera de corona, y con sus rizos llamados compromisos en ambas sienes. No menos interesante era el tipo de la *china poblana*, representado en el segundo grabado. Todos se apiñaban ante los puestos de fruta para proveerse del empalagoso dátil constantemente rociado por el frutero con una escobilla formada de hojas de maíz y empapada en miel no clarificada; ya de la hermosa é incitante sandía y de otras frutas peopias de la estación y traídas de distintas regiones del país. Aquí se veía á un niño cargando sobre el brazo un huacalito cubierto con hojas de tule en que clavaban sus tallos algunas flores anémicas, y dejaba ver entre los intersticios que formaban sus barras de madera, la perita verde de San Juan, el empedernido capulín y el no menos recio chabacano; allí se presentaba el honrado padre de familia, de cascaca azul con botón dorado, llevando en su gran pañuelo de seda, á guisa de saco, el buen melón de Jojutla, los sabrosos aguacates de Tecozautla y los ricos duraznos de Ixmiquilpan, en tanto que sus hijos con sus flamantes vestidos y gorras de terciopelo azul ó morado, iban por delante cargando muy ufanos, ora la verde tarasca de cartón con rodaje de madera,

ora la mulita formada de hojarasca y rellena de plátano pasado de Apatzingan.

Entretanto, las calles de la carrera se hallaban incesantemente recorridas por paseantes, entre los que se distinguía el petimetre,



LA TARASCA Y HUACALITO.

tro de la novia, entre los de las preciosas jóvenes que llenaban aquéllos, ávidas de ver y de ser vistas.



FUERENOS Y FRUTERA.

Dibujo tomado como algunos otros, con la licencia respectiva, del Album antiguo "México y sus Alrededores."

Las azoteas del Convento de Santa Clara se veían adornadas de cortinas y gallardetes, y reclinadas en ellas las monjas Urbanistas (1) de la Orden, así como las criadas de éstas; las primeras con su hábito azul de franciscanas, su velo blanco y toca negra, ostentando sobre el pecho un escudo redondo ó elíptico con sagradas imágenes pintadas, (2) y las segundas con sus enaguas flamantes y *rebozos* listados, sin faltarles el ahuecador de uso en la época.

Por último, en el pórtico del Teatro Nacional se apiñaba la gente sobre tabladros y graderías previamente dispuestos.

* * *

Los bellos, sonoros y alegres repiques de la Catedral anunciaban al pueblo el fin de la misa y la salida de la procesión, momentos so-

lemnes en que el gentío inmenso acababa de invadir las aceras, los balcones y azoteas de las casas. Una descubierta de gastadores, al paso lento de sus caballos, marchaba despejando el camino de la procesión, organizada por el Provisor, de manteo y bonete, y si era Capitular, de capa pluvial, el cual, acompañado del Promotor y notarios se colocaba, al efecto, en la puerta que da al Empedradillo. La procesión seguía este orden:

1. Hermandades con sus estandartes y farolas colocadas en largos bastones y adornadas con almendras de cristal y penachos de filamentos de vidrio, de diversos colores; gente del pueblo con vela encendida en mano, y de trecho en trecho, cargadores con cajas llenas de velas de cera, para ir proveyendo de ellas á los que quisiesen ingresar en la procesión. (1)

(1) Las monjas de Santa Clara, como las de Santa Isabel y San Juan de la Penitencia, llamábanse Urbanistas porque, en virtud de la concesión del Papa Urbano IV, se hallaban exceptuadas de la pobreza absoluta á que debían estar sujetas por regla de la fundadora y podían, por tanto, poseer algunas rentas.

(2) La mayor parte de las pinturas de los expresados escudos, como todos los de las monjas de los demás conventos, eran de mucho mérito, pues se debían á los pinceles de renombrados artistas mexicanos, como Rodríguez Juárez, Vallejo, Ibarra, Cabrera y otros. Hoy apenas existe uno que otro de esos escudos que suelen encontrarse en los bazares, pues en su mayor parte han desaparecido del país y llevádose al extranjero.

(1) Los hermanos del Santísimo en las Parroquias tenían la obligación de acompañar al Sagrado Viático que visitaba á los enfermos. En tales casos precedían á la estufa, alumbrando con sus faroles y entonando cánticos de alabanza; por delante de todos iba el que conducía una mesa pequeña revestida de frontal, manteles y palio, y no cesaba de sonar una campanilla. Al acercarse la comitiva por el Palacio ó por algún cuartel, el centinela gritaba: «Guardia á Su Majestad,» los soldados salían y formaban en la acera, se descubrían, ponían una rodilla en tierra y rendían las armas, desprendiéndose al propio tiempo de la guardia, dos soldados y un cabo, para colocarse aquéllos á los lados y éste detrás de la estufa, y así acompañaban al Divinísimo hasta su regreso á la Parroquia. Al escucharse en las noches el

2. Las cofradías con sus guiones y estandartes. Los individuos que las constituían iban, como todos, en dos hileras y vestidos de frac, en su mayor parte, con grandes escapularios pendientes de cintas de oro, la cabeza descubierta, vela de cera con arandela de plata en una mano y en la otra un ramo de flores y mosqueador, especie de abanico circular hecho de papeles encarrujados, de diversos colores. (1)

3. Señoras de saya y mantilla con escapulario, vela de cera en una mano y ramo de flores en la otra.

4. Educandas de las Hermanas de la Caridad vestidas de blanco y presididas por las hijas de San Vicente de Paul.

5. Los bedeles de la Universidad con su traje talar de terciopelo morado con mangas encarrujadas y sobrecuello grande que caía sobre las espaldas. Llábase dicho traje *garnacha*. Los bedeles marchaban con sus mazas de plata al hombro. (2)

6. Los colegios nacionales en el orden siguiente:

Gregorianos, de traje negro de etiqueta.

Mineros, de pantalón, chaleco y casaca azul, con franjas y bordados de oro, espadín y sombrero montado.

Lateranos, manta talar de color obscuro y beca blanca. Esta consistía en una cinta larga de paño, de una cuarta de ancho, que se cruzaba sobre el pecho y caía sobre los hombros hacia atrás, teniendo en sus extremidades piezas del mismo paño plegadas en forma de abanico, cerca de una de las cuales se ha-

sonido de la campanilla, como por encanto se abrían puertas y ventanas, y aparecían miles de luces que alumbraban el camino que seguía Su Divina Majestad.

(1) Contábase entre las Cofradías la de «los cocheros de Nuestro Amo», constituida por personajes de la alta sociedad, quienes tenían la obligación de conducir las mulas de la estufa en las procesiones.

(2) Los bedeles de la Universidad eran dos individuos nombrados por los Doctores en Claustro pleno, y tenían la obligación de vivir en el establecimiento, cuidar del aseo del edificio, llamar á claustro á los doctores, concurrir con mazas á los actos públicos y exámenes de la Universidad, adornar el General, llevar la nota de la falta de los profesores á las clases para la aplicación de las multas respectivas, pregonar los acuerdos del claustro y mandatos del rector y otros cargos de menor importancia.

llaba una rosca que indicaba por su color la facultad que se estudiaba.

Alonsiacos, traje talar, compuesto de manto azul obscuro y beca azul celeste, sin rosca los gramáticos, con ella de color carmesí los filósofos y bachilleres, y verde los que disfrutaban beca nacional. El rector y profesores usaban la beca de terciopelo, y puños.

Seminaristas, manto color de vino y beca azul con escudo en la parte que caía sobre el pecho. El escudo de los profesores se distinguía por su rico bordado en las becas de terciopelo, y una corona de laurel cerca del abanico, así como las becas de honor. Todos los colegiales de manto y beca usaban bonete negro con borla, de igual color al del rodete ó rosca.

En la época á que me refiero no sólo los colegiales sustituían sus nombres por apodos, que deducían de los defectos personales ó de otras circunstancias, sino unos colegios respecto de otros, así es que los gregorianos, que por su traje negro en las asistencias parecían una parvada de pajarracos, eran conocidos con el nombre de *zopilotes*; los Seminaristas, con el de *mulas*; los Alonsiacos, con el de *cocheros*; los Mineros con el de *lacayos*; y los de San Juan de Letrán con el de *conejos*. Todos los colegios en las procesiones se disputaban el lugar preferente, llegando á infundir temores sus desavenencias, por lo que fué preciso sujetarlos al orden del ceremonial oficial que he indicado.

7. Terceras órdenes con sus cruces.

8. Comunidades religiosas, precedida cada una de su cruz y ciriales, y presidida por tres sacerdotes revestidos, de capa pluvial el de en medio y de dalmáticas los de los lados. Iban en este orden:

Mercedarios, de hábito blanco con el escudo rojo en el pecho, sobre la sotana.

Camilos, que eran los que auxiliaban á los agonizantes, hábito negro con dos cruces rojas, una en la sotana y otra en el manteo.

Agustinos, hábito negro con capucha, mangullo y cinto.

Dieguinos ó franciscanos descalzos, hábito color de café con capucha y cordón blanco en la cintura.

Franciscanos, hábito azul, capucha y cordón.

Dominicos, sotana y escapulario blanco con escudo negro estampado, manteo negro con capucha y un gran rosario pendiente del cuello. (1)

9. Los Rectores de los Colegios y prebendados religiosos.

10. El Claustro de Doctores, quienes iban de traje talar, muceta ó esclavina y la borla doctoral en la mano; tanto ésta como aquélla se distinguían por el color de la facultad; blanca, teología; azul, filosofía; rojo, jurisprudencia; amarillo, medicina; verde, cánones. (2)

11. Archicofradía del *Santísimo*, con su estandarte que por escudo tenía un Santo Cristo, escapulario con la custodia bordada de oro y bastón de plata.

(1) Algunas veces asistían los Carmelitas, que como los Fernandinos gozaban del privilegio de no concurrir á las procesiones. Los primeros usaban sotana de color café y manteo blanco con capucha, y los segundos hábito gris, también con capucha.

Los Filipenses esperaban en la puerta de la Profesa la llegada del Santísimo para acompañarlo, ingresando en la procesión, hasta la bocacalle de la Palma, y regresaban de allí á su Oratorio. Cuando salía en la procesión la Virgen de los Remedios, tomaban en sus hombros las andas cuatro de dichos sacerdotes para conducirla por el tramo indicado.

(2) Los estudios de la Nacional y Pontificia Universidad tenían por objeto completar y perfeccionar los de los Colegios. El gobierno interior residía en el Rector, que era nombrado por el Claustro Mayor, y duraba en su encargo tres años; en el Maestrescuela, elegido conforme á los Cánones y Concordatos de la Nación y en los Claustros Mayor, Menor y de Hacienda.

Compañan el Claustro Mayor todos los Doctores residentes en la Capital, mas para formarlos bastaban doce.

El Claustro Menor era una sección del Mayor y se componía de dos Doctores por cada una de las cuatro facultades, y tenían el título de Conciliarios.

Constituían el de Hacienda, por turno, la mitad de los Catedráticos y duraba lo que el Rectorado.

Los grados académicos de Doctor que la Universidad confería á los Licenciados que querían optarlos y á los sabios que á ella se incorporaban, eran los de Teología, Jurisprudencia, Medicina y Filosofía.

Los que habían concluido todos sus estudios en los Colegios y en la Universidad obtenían el grado de Licenciados; mas los que sólo presentaban sus estudios de colegio recibían el de bachiller. Los de Minería podían obtener los grados de Doctor y Licenciado en ciencias, mediante los estudios del Colegio y examen correspondiente en la Universidad, y el de bachiller con sólo el primer requisito.

12. Las Parroquias con sus respectivas cruces y ciriales, yendo primero la más moderna y á lo último la más antigua ó sea la del Sagrario. Cada una iba representada por el cura, de capa pluvial, y por los vicarios, de dalmáticas.

De trecho en trecho, veíanse niños y niñas, vestidos los primeros de indios polleros con el huacal á las espaldas, ó bien de ángeles de relucientes alas de metal blanco, diadema con su cruz y penacho de plumas de colores, túnica blanca de seda recogida á media pierna, manto de raso azul ó rojo, medias de seda y sandalias con sus ligas de raso, y las segundas de almas gloriosas, de túnica y velo blancos y coronas de rosas. Aquéllos y éstas iban derramando flores.

13. Archicofradía de la Virgen de los Remedios. Llevaban sus bastones de plata que por remate tenía un magney y sobre éste la Virgen de su advocación.

14. LA VIRGEN DE LOS REMEDIOS conducida por Seminaristas. (1)

15. Pertiguero de la Catedral con su traje ó garnacha blanca de gran ceremonia y maza debajo del brazo.

16. Cruz procesional y ciriales de la Catedral, conducidos por Seminaristas.

17. Clerecía con sobrepelliz.

18. Súbdiáconos y diáconos con dalmáticas.

19. Presbíteros con casulla.

20. Curia eclesiástica, formada por el Promotor y Promotor, con manteo y bonete.

21. Infantes de coro con su manto rojo, beca azul, sobrepelliz y bonete encarnado.

22. Coro de la Catedral, formado de músicos vestidos de negro y de los capellanes y sochantres, de sobrepelliz.

23. Secretario del Cabildo eclesiástico y Curas.

(1) La Virgen de los Remedios salía en la procesión del Corpus, cuando se hallaba en México traída de su Santuario en épocas en que por escasez de las lluvias se acudía á su socorro, celebrándose un triduo en la Catedral. En tales ocasiones el Ayuntamiento de la Capital, que gozaba del patronato sobre dicha imagen, nombraba dos regidores que eran los que acompañaban á dos miembros del Cabildo eclesiástico encargados de traerla en coche desde su Santuario, para depositarla en el templo de la Santa Veracruz y trasladarla al día siguiente á la Catedral en solemne procesión, en la que tomaban participación todas las autoridades,